

“HEMOS OÍDO QUE DIOS ESTÁ CON VOSOTROS” (Zac 8,23)

Vivir el cambio en la Iglesia – honesta y confiadamente

CARTA PASTORAL

Para el tiempo penitencial de pascua 2024

Por el Dr. Georg Bätzing, Obispo de Limburg

En los primeros meses del año, en muchas secciones de contabilidad hay mucha ansiedad. Hay que hacer las cuentas anuales y balance del año de negocios. Los beneficios y las pérdidas se sopesan y así se puede ver si el año ha sido productivo para la empresa. El balance final da un más o da un menos.

Hacer balance también es sugerente para muchos cuando se trata de una visión retrospectiva de un año o de un período de la vida. Éxitos y reveses, crecimiento o el estancamiento se sopesan con la esperanza de que la balanza se inclina hacia lo positivo. Parece muy humano. Si intentamos un "cierre de año" en los grandes contextos de este mundo, parece ciertamente sombrío. El balance de confianza en que pudiéramos lograr contrarrestar las causas de la migración y el desplazamiento y, al menos, frenar la crisis climática con sus consecuencias ecológicas y económicas: negativo. El resultado de la esperanza de que la gente pueda en algún momento llegar a darse cuenta de que el terror y la guerra no llevan a absolutamente nada mejor: negativo. Verdaderamente el mundo ha vuelto a perder mucho; muchísimos han perdido incluso la vida.

Y también en la Iglesia hemos perdido mucho. Una vez más, demasiados nos han vuelto la espalda por razones muy diferentes. Tras el número alarmantemente alto de personas que han abandonado la iglesia hay muchos que han hecho balance y han tomado su decisión. Y yo digo: lo siento por todas y todos ellos.

LAS RUPTURAS SON INNEGABLES

Lo que intuimos desde hace tiempo, lo que demuestran las estadísticas anuales se vio confirmado hace unos meses por una nueva encuesta sobre el número de miembros de las iglesias (KMU)¹. Se encuestó a más de 5.000 personas de forma representativa de toda la población, religiosos y no religiosos, practicantes y no practicantes – y por primera vez se evaluaron los datos de la Iglesia católica. Las encuestas confirman un panorama de continuo retroceso de las dos grandes iglesias: la pérdida de miembros es rápida y su importancia social cada vez menor. En la actualidad, sólo el 48% de la población de nuestro país pertenece a una de las dos grandes iglesias, y son aún menos los que creen que existe un Dios que se ha dado a conocer en Jesucristo. Se confirma la crítica a la Iglesia como institución, pero al mismo tiempo se refuta la tesis de que la gente lleva su religiosidad, por así decirlo, fuera de las iglesias a la esfera privada. Vivir la fe fuera de las iglesias prácticamente no se da; ahí las convicciones religiosas carecen prácticamente de importancia respecto a la forma de vivir de la gente. Nuestro país es cada vez más laico y la mayoría de la población es apenas abordable en términos religiosos.

Lo que se dice sobre la fidelidad de los fieles también pinta un panorama de crisis dramática: sólo el 4% de los católicos y el 6% de los protestantes declaran que siguen estrechamente vinculados a su iglesia. La confianza, especialmente en la Iglesia católica, ha disminuido enormemente. Y casi la mitad de los católicos está pensando en abandonar la Iglesia, sólo un tercio lo descarta en principio. Sería fatal reprimir o trivializar esta evolución. Tenemos que ser honestos y despedir la falacia. Estas rupturas masivas nos entristecen y debemos admitirlo: Hace tiempo que no logramos transmitir la fe y el vínculo a la Iglesia de generación en generación.

LA REALIDAD NOS SALE AL ENCUENTRO FAVORABLEMENTE

Al igual que en los procesos de duelo personal, también en los círculos de la Iglesia existe una fase de la rebelión y de búsqueda de culpables. Para algunos, es el mundo "malvado" con su obsesión por el crecimiento, el bienestar y el género; el espíritu de la época que lleva mucho tiempo causando estragos también en la iglesia. Estas narrativas excesivamente simplistas encuentran cada vez más partidarios, pero son tan poco útiles como culpar al otro bando: No son los católicos alemanes los que se distancian cada vez más de la Iglesia universal, sino que es Roma, con su persistente falta de voluntad de reforma y de honestidad sobre las causas estructurales de los abusos, la que provoca que cada vez más personas se distancien.

Puede que haya una pizca de verdad en ambas partes, pero la decepción, el cansancio y una triste debilidad no se pueden repeler simplificando la situación y transfiriendo la culpa. Esto, más bien, impide buscar salidas y nuevas perspectivas. Y, sobre todo, es también una especie de incredulidad, porque no cree capaz a Dios de darnos señales en este momento, signos proféticos que apunten al futuro. Personalmente, me sustenta desde hace tiempo una convicción basada en muchas experiencias: La realidad nos sale al encuentro favorablemente. Al fin y al cabo, nuestro Dios es un Dios de la historia. Creemos que se ha manifestado en el espacio y el tiempo de nuestro mundo al Jesús hacerse hombre. Esa es la realidad de la fe. Y por eso, para mí, la realidad del mundo de hoy es también un lugar donde se descubren las huellas divinas. No debemos cerrar los ojos a lo que sucede a nuestro alrededor, entre nosotros y dentro de nosotros. Puede que la primera mirada sea decepcionante y desilusionante; es necesaria para descubrir posiblemente en una segunda mirada algo que rompa esquemas anteriores, que amplíe nuestros hábitos de pensamiento y que ayude a iniciar algo nuevo.

ROMPER ESQUEMAS Y CAMBIAR HÁBITOS DE PENSAMIENTO

La realidad es favorable con nosotros. Así que intentemos una segunda mirada al estudio sobre la pertenencia a la Iglesia. Y me revela cosas sorprendentes:

- Aunque son muchos los que abandonan la Iglesia católica, les resulta emocionalmente difícil a los católicos. En lugar de indiferencia, el abandono de la Iglesia se asocia a menudo con enojo y con ira. Muchos sufren por haberse salido. Esto podría ser un buen punto de partida para un diálogo.
- Los que permanecen esperan que la Iglesia trabaje contra la pobreza y por la justicia y esto también lo refleja la gran mayoría de las personas sin vínculo a una Iglesia. Evidentemente, el compromiso de la Iglesia con la ayuda a los refugiados, la protección del clima y la lucha contra la pobreza sigue siendo un criterio de credibilidad para la Iglesia en cuanto a su impacto externo.
- A menudo oigo voces críticas que afirman que una supuesta "mayoría silenciosa" se muestra escéptica ante los procesos de reforma en la Iglesia católica. La encuesta representativa demuestra lo contrario. Un abrumador 96% de los católicos expresa: "Mi Iglesia debe cambiar a fondo si quiere tener futuro". Y entre los temas más importantes figuran un enfoque positivo de la homosexualidad, una participación más auténtica de los laicos, la libre elección del matrimonio o el celibato para los sacerdotes y una mayor cooperación ecuménica. Pero esto significa que el intento de mantener ciertas normas a pesar de la escasa aceptación entre los fieles probablemente llevará a reacciones aún más defensivas, conflictos y salidas de la Iglesia. Ciertamente, las reformas no resuelven todos los problemas de la Iglesia católica, pero éstos se agravan si faltan las reformas.
- Me es sorprendente que la mitad de los miembros de la Iglesia católica esté comprometida voluntariamente – mucho más que en el promedio de la población. Hay razones para ello. Digámoslo, ¡por qué la comunidad y el bienestar de los demás nos son tan importantes!

- La aceptación de la confirmación y la primera comunión sigue siendo alta. Una tercera parte de nuestra población ha ido a una guardería de la Iglesia. Se siguen utilizando propuestas de trabajo de la Iglesia con niños y jóvenes. Al revés, también está claro que quien en su juventud no entra en contacto con la iglesia es poco probable que lo haga más adelante.

- Por último, las iglesias siguen teniendo un amplio alcance. Sobre todo, Iglesias y parroquias locales, las instalaciones de Cáritas, la labor de formación y los servicios de asesoría repercuten en la sociedad. Un tercio de los encuestados afirma tener contactos con personas y dependencias de la Iglesia.

NO ESTAMOS FENECIENDO: DIOS ABRE EL FUTURO

¿Qué se desprende de todas estas reflexiones, queridos hermanos y hermanas en la fe? No estamos feneciendo. Pero una forma social muy concreta de Iglesia típica en los últimos 150 años está terminando. Las fuentes de la fe siguen manando hoy, porque Dios mantiene sus promesas. Lo creo firmemente, y por eso me parecen alentadoras las palabras del profeta Zacarías: "Así dice el Señor de los ejércitos: sucederá [...] que hombres de todas las lenguas de las naciones tomarán por la orla del manto a un hombre de Judá, diciendo: queremos ir con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros" (cf. Zac 8,20-23). Dios camina con nosotros, esa es la experiencia básica de las personas de fe; él camina a nuestro lado en el Rabí de Nazaret, Jesucristo, el Hijo de Dios – esto es lo que confiesan los cristianos. Y esto motiva a la gente a ponerse ellos mismos en camino y a caminar, porque, como dice el teólogo Fulbert Steffensky (*1933), "es como si las personas que entran en contacto con el misterio no pudieran seguir en su lugar de siempre; [...] van y buscan su felicidad y su salvación en otro lugar". Intranquilidad en el lugar tradicional, descontento con los lugares de siempre, dejar las casas viejas, partir, buscar lo nuevo – es un movimiento básico de la fe. ¿Qué hacen con ello nuestras iglesias sedentarias? "2

PONERSE EN MARCHA Y DESPERTAR LA CURIOSIDAD

Tenemos la gran tentación de concentrarnos únicamente en las realizaciones internas de la Iglesia cuando por lo visto el mundo ya no quiere saber mucho de nosotros. Pero retirarse nunca ha sido realmente el camino a seguir. Al contrario, estoy convencido de que no debemos preguntar qué será de nosotros. Debemos vivir la fe sin interés – de forma personal y comunitaria; y ofrecer la fe en todas sus dimensiones en la medida de nuestras posibilidades. Hacerlo sin interés y hablar de por qué obramos así, por qué es importante para nosotros y qué nos mueve interiormente.

Quizá en las últimas décadas hayamos dado demasiado por sentado que la gente sabe lo que es la Iglesia y lo que constituye la fe. No, no debemos suponerlo, sino empezar a encontrarnos con la gente en todas nuestras realizaciones eclesiales y en la vida personal, de forma que empiecen a hacerse preguntas. Para mí, este es un impulso importante. ¿Y cómo debería ocurrir? Me abstengo deliberadamente de dar soluciones o estrategias, porque "desde fuera" o "desde arriba" difícilmente tendrán efecto. Tiene eficacia si lo intentáis juntos allí donde vivís vuestra fe: en las Iglesias locales, en las parroquias, en los centros e instituciones con propuestas de la Iglesia. Tal vez sería un buen punto de partida para los nuevos consejos parroquiales si llegaran a intercambiar sobria y honestamente sobre las realidades de la parroquia y, basándose en los resultados de la encuesta sobre los miembros de la iglesia, formularan juntos dónde quieren establecer las prioridades para el futuro. Desde hace algún tiempo, me llama la atención un cartel publicitario de la Asociación de Centros de Educación Social Católica que pregunta en letras grandes: ¿Eres tú el cambio que necesita nuestra sociedad? Y pienso para mis adentros: Sí, quiero vivir el cambio que necesita nuestra Iglesia. Preferiría hacerlo junto a muchos otros.

Limburg, primer domingo de cuaresma 2024
Vuestro obispo